

Estulticia y terror o sobre el ejercicio metódico de la desvergüenza

*D*ecir mucho en pocas palabras, afirmaba Georg Christoph Lichtengber, significa, en realidad, dar a entender con poco que se ha pensado mucho. Y no podría decir nada mejor respecto al texto *Estulticia y terror*, la obra más reciente de José Blanco Regueira que reúne magistralmente estas dos condiciones: una breve extensión y lo mejor de una reflexión profunda.

El autor parte de una afirmación contundente: el hombre “representa un estado de insignificancia imbecil”; mas pudo decir lo contrario: el hombre representa un estado de imbecilidad insignificante y la situación, en esencia, no cambia, poca significación y mucha imbecilidad. Pero tal parece que la primera mueve a la segunda; la escasa significación orilla al hombre a saciar su necesidad de hallar un sentido, fruto cuya posesión le permitiría resarcir –aunque sólo sea como un recurso paliativo– lo que Husserl llamara, en su momento, nuestro “sentimiento de indigencia vital”. Pero es en esta necesidad de sentido donde reposa nuestra idiotez. Necesidad que se vuelve *necedad*; consternación que se convierte en *alarido*.

El también traductor de *El estoicismo*, da cuenta, en su nuevo texto, de una de sus ideas más trabajadas: la construcción de la realidad parte de una *Razón Oficial* que al afirmarse como auténtica, “insta a cualquier ser racionante a someterse a ella y a creer en la verdad”. “Razón, Verdad y



Estulticia y terror, José Blanco Regueira, Toluca Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, Col. “El corazón y los confines”, 2002. 128 pp

Realidad pasan a ser tres nombres distintos para un solo espartajo. Se trata de los seudónimos oficiales del Terror". En otras palabras, es la *Razón Oficial* la que al asignarse la verdad se atribuye también la noción legítima de lo *Real*, y se instituye como un ser monstruoso que propicia en el hombre una condición de abatimiento.

Pero al ser la realidad "una ocurrencia instituida, fruto venenoso de alguna oscura institución", se muda también en el establecimiento de un principio fundante. Principio que el hombre busca evadir mediante la terquedad de un pensamiento ilusoriamente auténtico. El hombre se opone al Terror que sobre él se ejerce haciendo de su capacidad de juzgar un ruego y una conspiración. Un ruego porque busca, seducido por una victoria conjeturada que reposa en la proliferación de su pensamiento, violentar de otra forma el Terror mismo, traspasarlo. Conspiración, porque mediante el parloteo que de él emana anhela mitigar su angustia; haciendo de la súplica y del amotinamiento, un recurso en el que ambos concurren finalmente para asumir una sofocación voluntaria, un agobio espontáneo.

Ya en otra oportunidad, el autor de *La odisea del liberto* había escrito que el pensamiento tiene una semejanza con la desangración, y que la impotencia humana, manifiesta en sus alaridos, es la característica más propia de nuestra condición de mortales. Ahora nos recuerda que el origen de las ideas está en el dolor; que del sufrimiento mismo, que de la agonía misma de los cerdos, como él lo llama, brotan las ideas como cuerpos informes, como masa sin forma y posiblemente sin fortuna. Antes que nuestro autor, Sócrates, mejor que nadie, había anunciado con su mayéutica la necesidad de alumbrar la verdad, la posibilidad latente de parir ideas; pero nunca abordó con suficiencia lo referente a los trabajos de parto, ni nos advirtió sobre

la probabilidad de un aborto. No vislumbró la ocasión de un nacimiento prematuro, ni la expulsión consciente de una idea y su abandono en pos de otra igualmente volátil e inútil. Tampoco pensó en la ruptura del lazo paternal que nos emparenta con lo que de nosotros nace, ni concibió el parricidio como la acción de una criatura perversa que rompe violentamente cualquier relación de afinidad, volviéndose en contra nuestra.

José Blanco afirma que es en la propia asfixia donde es posible engendrar y en el grito lastimero del agonizante donde se puede hallar un poco de consuelo. El hombre vocifera porque se siente asfixiado; pero no es la asfixia ni la sangre que provoca la misma en lo que centra su vociferación sino en su impotencia, en la escasa capacidad que posee de darse cuenta, de justificarse, de asirse de sentido.

¿Qué nos queda por hacer con la existencia?, se pregunta Blanco Regueira. Y en su reflexión advierte que es mejor morir teniendo una respuesta que vivir sin haber planteado tal pregunta. Porque si la filosofía ha sobrevivido durante tanto tiempo, lo ha hecho precisamente a sabiendas de que su vigencia para el hombre no es otra cosa que la probabilidad, aún despierta, de morir aferrado a una significación posible. Y es que si el idealismo es, como sostiene, "la filosofía de los comedores de morcillas", debemos reconocer entonces que la filosofía toda representa una fuente de envenenamiento que se ha perpetuado por siglos y que dicha perpetuación obedece, en parte, al *Estado de estulticia* en que nos hallamos, y al habitual Terror que ejercemos para aligerar la carga que llevamos a cuestas, para librarnos del soberano idiota que nos gobierna.

Para lograr este propósito, se subraya, nos valemos de la religión o de la democracia. De la primera, por ser "el modo más eficaz de soportar un estado de estupidez colectiva



va"; de la segunda, porque mediante "el predominio de unos esclavos escogidos sobre otros", maliciosamente entronizamos una razón malsana. Ahí radica nuestra desvergüenza, en la divinización de la propia insolencia. También aquí pueden distinguirse dos tipos de estulticia: una *pasiva*, donde el Terror se padece y soporta; la otra, *activa*, que fuerza al hombre a ejercer, con método, una locura sempiterna. De ambas es característico el *stare*, el estar como un modo, como una forma peculiar de *asentarse* en un mundo ajeno e irreconocible. De esta forma, el hombre *soporta y porta* la violencia que lo altera, la molestia que lo perturba, pudiéndose transformar entonces de víctima en victimario, de siervo en señor.

Blanco Regueira afirma que en el mundo moderno, los que se yerguen como sus amos y señores, han edificado sobre escombros un palacio luminoso y resplandeciente; morada divina en la cual, no obstante, pareciera que sólo ellos tienen cabida. Mientras tanto los desafortunados, ven disipada la fortuna que creyeron tener mediante un acto aparente de libramiento de la condición de cautivo que nos es propia. Los amos han engañado a los esclavos y les han ofrecido su libertad. En realidad, lo único que han hecho es desplegar la cárcel volviéndola aún más insoportable.

Mediante este artificio el hombre se entrega a una despreocupación y un contentamiento de vivir que son, en esencia, falsos. Porque, y esto nos lo enseñó Kierkegaard al referirse a la desesperación, la no conciencia o inaceptación de nuestra enfermedad, no equivale a la ausencia del terrible mal que nos afecta. Incluso su reconocimiento no es más que una abdicación, la renuncia a la errada pretensión de mirar de frente una vida que se pasa de largo.

El hombre moderno, apocado, heredero de Urano y su circunstancia, aspira a situar-

se en un momento futuro y le apuesta a esa aspiración. En este esfuerzo impropio centra José Blanco su tiro: el hombre ha sufrido un transtorno primigenio del que es imposible desembarazarse. Por eso "sólo a los necios compete la transformación de la espera en esperanza, esa perversión del sentido animal del acto de aguardar. Mientras el animal aguarda, el necio *guarda*: quiere salvar del tiempo algún proyecto de vida". Para ello inventa el trabajo como un medio de apropiación de algo, que de por sí, nos está negado desde siempre: el sentido mismo de la vida. Pero, ¿qué sentido tiene buscar sentido? La respuesta a esta pregunta o tan sólo su intento, es producto ya de una mente porfiada, de una conciencia obstinada por alcanzar una solidez que apenas sospecha.

Visto de esta forma, el filosofar es tarea de buitres porque ¿qué otra cosa hacen los filósofos sino alimentarse de ideas muertas, de fetos abortados que fueron producto de un desconcierto, es decir, de una alteración del orden y una situación de exterminio? Pero así como los buitres morirían sin la carne putrefacta que comen, los filósofos serían historia si no lograran masticar los engendros que otros, como ellos, se han visto en la necesidad de escupir, es decir, de pensar. Es en este gargajeo y en la digestión de productos malogrados, donde podemos ubicar una sabiduría hoy añorada: aprender a embutir, como lo hicieran algunos antiguos, lo que parece intragable, nuestra ruina.

Hoy todo conocimiento claro, evidente y seguro, no es más que una muestra de la astucia de la que nos hemos valido para dejar, aunque sólo sea momentáneamente, de estremecernos. Ha sido la institución misma de la sinrazón lo que nos ha llevado a la jadeante condición de la mentira, al divorcio ineludible de la inteligencia y la creencia.

Ahora bien, si el pensar es por una parte una condena, también es un atrevimiento, dice

Blanco. Atreverse a pensar es lo mismo que arrojar al mar sabiendo de antemano que no se sabe nadar; es decir, someterse a las consecuencias del naufragio, condenarse al ahogo. De ahí que de todo creyente sea propio bendecir la boca que lo vomita, creyéndose amado por Dios, "por la bota sin pie que nos aplasta". De ahí también que este *benedicere*, que este bien decir, se convierta a la postre en una maldición, en una imprecación propia de todo desencanto.

Es la decadencia del pensar lo que conlleva al hombre a "creer que es algo" y, lo que es peor, a creer que es algo a partir de algo distinto de sí mismo. El asentimiento y la fe que se tiene en él, se fincan en la ficción de que el ser humano es el jugador de ajedrez cuando no pasa de ser un simple peón; elemento ligado, por su naturaleza desmañada, a la expiación siempre necesaria, a la purga, al sacrificio. Es este subterfugio, el de *asentar* que estamos en una situación privilegiada, el que le permite al hombre evadir el luto riguroso que habría de portar.

Debiéramos aprender a soportar y callar; sin embargo, es propio de la naturaleza humana el insurgirse hasta llegar a la habluría. Esta última palabra, dicha en el sentido más despectivo, nunca en el que le atribuyera Heidegger en *El ser y el tiempo*. A través de su insurrección y de su expresión inoportuna e impertinente, el necio busca sobrevivir; si entendemos la sobrevivencia no sólo como un medio de subsistencia dentro de condiciones adversas, sino como la búsqueda pertinaz por transgredir las barreras mismas de la muerte. Para sobrevivir, afirma Blanco Regueira, el imbécil debe "aparearse en su propio interior con un listillo". Imbecilidad y listeza coexisten siendo distintas y condicionan la sobrevivencia misma. A la listeza se atribuye la velocidad y el ingenio; a la imbecilidad, la torpeza y la escasez racional. Pero la primera prorrumpen de la segunda: "los lis-

tos tienen que apoyarse en una estupidez *de fondo* para dar rienda suelta a la espectacularidad de sus juicios". De esta forma, la exacerbación cerebral del listo y la atrofia mental del imbécil son los dos lados de una misma moneda, las otras caras del rostro. Ambas se fusionan en un *Estado de estulticia*, en una condición rastrera en la que el hombre, siempre postrado, se sigue escandalizando por la estrechez que le singulariza.

Pero volviendo al punto, entre la contienda que se da entre el listo y el imbécil figura un tercero que designa al vencedor de la disputa. Un tercero que, buscando situarse por encima de los competidores como un observador neutral, justifica su incumbencia y se atribuye, con una estupidez mayor a la primera y con una seudolisteza pasmosa, una legitimidad impropia. En este sentido, lo que dentro de la modernidad se conoce como objetividad, dice el autor, responde a la necesidad de contar con un árbitro; componedor fallido, pesquisidor y carcelario de una realidad entrevista.

Pero es de una "cobardía atávica", se sostiene, de donde se deriva la imposición de una *Autoridad*. Es nuestro propio desvarío el que nos orilla a "fundar la posibilidad de que alguien *tenga* la razón". Es este absurdo el que le hace ver al hombre la manifestación misma del espanto, el reflejo mismo del miedo, que se desprende de la conciencia que adquiere al advertir que la carne corrompida que come, es la de su propio cuerpo decaído. Es precisamente la toma de conciencia de nuestra cobardía y nuestra flaqueza, la que nos *transporta*, desalentados, de la cuna a la tumba. Es este mismo reconocimiento el que nos reitera, una y otra vez, que la única diferencia entre el niño que comienza a gatear y el moribundo que se arrastra, es una *inocencia extraviada* que no ha de tener lugar jamás. LC

